

Discurso en la entrega del doctorado Honoris Causa a Julio César Trujillo

Por Enrique Ayala Mora

Se reúne este claustro para rendir homenaje a un gran académico y un gran señor, un colega entrañablemente querido y cercano para nosotros, Julio César Trujillo Vásquez, a quien nuestro Consejo Superior confirió el Doctorado Honoris Causa. Mi intervención de apertura, por ello, no solo es la del rector que cumple un grato deber, sino la del amigo, compañero de no pocas luchas, colega, paisano y admirador, que siente que sus palabras salen muy del alma.

Debo, según se acostumbra, justificar el doctorado que hoy se entrega, mediante el esbozo de una semblanza de Julio César. No como justificación, que en este caso está demás, sino como un recordis que, más que honrar al homenajeado, nos enriquece a quienes lo acompañamos hoy, diré estas palabras que siguen la pista de un gran ser humano.

Hay muchos que habiéndose iniciado en la militancia de izquierda, la mantienen toda la vida y mueren leales a sus principios. Pero también hay quienes en sus años juveniles fueron contestatarios e inclusive activistas de izquierda, y con el tiempo se fueron moderando hasta instalarse

cómodamente en el sistema y terminaron de grandes empresarios, agresivos ideólogos y defensores de status quo. Hay, sin embargo, muy pocas personas que han recorrido un camino inverso, es decir, que se iniciaron en la derecha y la vida los ha llevado a posturas progresistas radicales, que los han colocado del lado de los movimientos populares y las posturas más avanzadas y democráticas. Este ha sido el caso de Julio César Trujillo, jurista, político activo, pensador social, tratadista, maestro y reformador universitario. Su acción y su pensamiento son testimonio de ello.

Julio César nació en Ibarra en 1931, en una familia de pequeños propietarios agrícolas, lo que le permitió desde la infancia, un contacto cotidiano con los más pobres. Inició su educación en una escuelita rural, la continuó con los hermanos de La Salle y se graduó de bachiller en el Colegio Sánchez y Cifuentes de Ibarra. Luego estudió Derecho en la Universidad Católica del Ecuador, donde obtuvo la titulación de abogado y doctor en jurisprudencia.

Su formación, como la de muchos jóvenes de familias católicas de provincia, se dio dentro de los cánones tradicionales. Pero ya desde muy temprano tuvo profundas preocupaciones sociales, tanto más que uno de sus profesores de secundaria fue Leonidas Proaño, entonces joven sacerdote dedicado al trabajo con los jóvenes y los obreros.

En la Universidad Católica tuvo contacto con destacados políticos e ideólogos de la derecha. Por ello, a fines de los años cincuenta, Trujillo había optado por la vinculación al Partido Conservador. Eligió esa alternativa, según lo confiesa, porque ese partido tenía como eje ideológico la doctrina social de la Iglesia y contaba con sólidas bases populares.

Ocupó algunas funciones públicas, pero ya graduado prefirió trabajar en forma particular. Esta práctica la mantuvo toda la vida. Por esos años contrajo matrimonio con Martha Troya Jaramillo, quien desde entonces, ha sido su compañera inseparable de trabajos y de luchas, consejera y apoyo sólido, sobre todo en los momentos difíciles de la vida pública.

Apenas graduado fue invitado a enseñar Derecho Laboral en la Universidad Católica. Eso marcó su vida, porque decidió dedicarse a defender a los obreros. Tuvo casos importantes y muchos éxitos como laboralista, pero esa práctica fue también definiendo sus opciones ideológicas por la justicia social. Pero velar porque se tratara con equidad a los trabajadores fue visto, incluso por sus compañeros de partido y por miembros de la jerarquía eclesiástica, como un peligroso cuestionamiento de la propiedad y del orden social.

Después de haber enfrentado a la dictadura militar, en 1966, Julio César fue electo diputado por Pichincha para la Asamblea Constituyente. Entonces puso en práctica sus ideas sobre la modernización del Estado y la justicia social. Con su

acción y la de otros líderes de su generación, se fue superando el viejo conflicto laico-clerical y el eje definitorio comenzó a desplazarse desde la confesionalidad del Estado al papel que éste debía cumplir en la vida social y económica. Buena parte de las innovaciones que esa Constitución de 1967 trajo, fueron impulsadas por Trujillo, que se empeñó en que esa carta reconociera aspectos novedosos de los derechos y las garantías, ampliara el ejercicio de la ciudadanía y creara instituciones que impulsaron la modernización del estado y la sociedad. Para entonces ya su pensamiento se había ubicado en el “humanismo cristiano”, referido a América Latina.

En 1968 se lo candidatizó en primer lugar en la lista de diputados conservadores de Imbabura. Tuvo un sonado triunfo y obtuvo todos los tres puestos. También entonces se destacó en el Congreso como jurista y legislador, aunque la acción de los conservadores se desdibujó por sus posturas ambiguas ante el gobierno de Velasco Ibarra. En 1970 volvió a ser candidato a diputado por su provincia y obtuvo un nuevo triunfo muy amplio, pero no llegó a ejercer. Velasco Ibarra se proclamó dictador y disolvió el Congreso. Trujillo combatió a la dictadura velasquista y terminó también luchando contra los dictadores militares, que lo confinaron y deportaron.

Julio César Trujillo se reveló en la vida política como un gran trabajador, ideólogo claro y estratega sagaz, aunque a veces pecó de confiado con la gente que lo acompañaba. Para

él, entonces como ahora, eran importantes las ideas, porque con ellas se movía a las personas. Pero también se preocupaba por aspectos concretos de organización. A mediados de la década era ya una de las más importantes figuras políticas del país, como dirigente del Partido Conservador. Sus acciones frontales de oposición le habían ganado prestigio y respeto. Como abogado laboral, trabajaba con importantes sindicatos como el de Texaco. Todo ello le significó grandes sacrificios, que inclusive devinieron en problemas de salud, que afrontó con el apoyo de su esposa.

Los años sesenta fueron de agitación en las universidades ecuatorianas, inclusive en la Católica. A inicios de los setenta había allí un movimiento de reforma universitaria. Fue entonces cuando los dirigentes de los estudiantes promovieron la elección de Julio César Trujillo como decano de la Facultad de Derecho. Así asumió la responsabilidad de liderar un profundo proceso de reforma, que se transformó en un modelo en el país, aunque despertó gran resistencia en los profesores tradicionales.

Trujillo había sido un innovador en la enseñanza del Derecho. No bien se fundó el Pacto Andino, asumió la cátedra de Derecho de Integración, una iniciativa pionera, que demostraba su preocupación por la modernización del Estado, los aspectos sociales y la ampliación del espacio de lo

público. Esto y la participación activa de docentes y estudiantes fueron los ejes de su propuesta de reforma.

A poco de haber sido electo decano Trujillo, con el impulso de la dirigencia estudiantil y de grupos de profesores progresistas, Hernán Malo González fue designado rector de la Universidad Católica. Su propuesta de “ecuatorianizar la universidad” tuvo gran impacto y llevó a la institución al proceso de crecimiento y reforma más notable de su historia. Malo fue uno de los intelectuales más destacados del país, gran figura de la educación superior. Julio César Trujillo fue designado vicerrector de la Universidad, conservando el decanato de Derecho. Así pasó a ser el principal colaborador del rector y el sistematizador de la reforma universitaria.

Durante esta etapa, Julio César Trujillo apoyó la creación de la Universidad Católica Sede en Ibarra y aceptó integrar y presidir la Fundación Víctor Manuel Peñaherrera, que se estableció para coadyuvar al financiamiento de esa Sede.

El proceso de la Católica tuvo gran respaldo en la comunidad universitaria, pero despertó fuertes resistencias. La jerarquía y la derecha lograron separar a Hernán Malo del rectorado de la Católica, que inició una involución, aunque varios logros de la reforma no pudieron revertirse.

Mientras duró la oposición a la dictadura con todos sus riesgos y contratiempos, la élite conservadora prefirió que Julio César Trujillo dirigiera el partido. Pero cuando vino el

retorno constitucional, consideraron que su director no los representaba ideológicamente, que tenía posturas que más bien eran de sus adversarios. Por ello, propiciaron la retoma del control interno. En una tormentosa asamblea, el partido se dividió, y Trujillo quedó dirigiendo un ala, que la prensa denominó “conservadorismo progresista”.

El *impasse* duró un tiempo, hasta que el Partido Conservador Progresista, junto con el Partido Demócrata Cristiano y un grupo de independientes constituyeron la “Democracia Popular, Unión Demócrata Cristiana”. Trujillo, que fue designado su presidente, fue también su más dedicado organizador y su principal ideólogo.

En la elección de 1978, la Democracia Popular liderada por Trujillo, en alianza con el CFP, logró el triunfo del binomio Jaime Roldós y Osvaldo Hurtado. En 1979, Trujillo, que había cedido la candidatura vicepresidencial, fue electo diputado por Pichincha y le tocó liderar a un pequeño grupo de legisladores de la DP, que tuvieron la difícil tarea de respaldar a los sucesivos gobiernos de Roldós y Hurtado.

En 1994, la DP candidatizó a Julio César Trujillo para la presidencia de la República. La elección, en la que triunfó Febres Cordero, fue desfavorable para la DP. Su fundador y dirigente máximo optó por separarse de la política activa y dedicarse a sus labores profesionales. Mantuvo también distancia durante el gobierno de Borja, al que la DP apoyó.

Pero ya para entonces, la Democracia Popular había abandonado expresamente sus tesis reformistas y se había alineado en el neoliberalismo. Se dieron conflictos internos que terminaron por provocar la separación de Julio César Trujillo de la organización política que había fundado. En esos años y los siguientes, Trujillo se iba definiendo por tesis de democracia radical y se vinculaba a las organizaciones populares, siendo cada vez más consciente del tránsito ideológico que le tocó vivir y protagonizar solo.

Durante los noventa, Trujillo se dedicó al ejercicio profesional y a la cátedra. Siguió enseñando en la Católica y asumió la docencia de posgrado en la Universidad Andina Simón Bolívar, fundada en 1992. Dirigió su Taller de Estudios Constitucionales, un referente de la reflexión sobre la reforma política. Entonces publicó su obra clave sobre Teoría del Estado. Al mismo tiempo, estrechó lazos con la organización laboral y el Frente Unitario de los Trabajadores. Además, acompañó el proceso de ascenso del movimiento indígena, contribuyendo con nuevas perspectivas para la reflexión sobre los derechos colectivos y la naturaleza del Estado.

Impulsado por sectores progresistas fue designado Defensor del Pueblo cuando se creó esa institución. Pero no pudo concretar sus funciones por falta de apoyo oficial. Para la Asamblea Constituyente de 1997 fue electo representante por el Movimiento Pachakutik. Fue uno de los referentes de la

Asamblea. Contribuyó para el reconocimiento de importantes derechos y garantías en la nueva Carta Política, aunque la mayoría impidió que se acogieran sus propuestas sobre aspectos concretos de organización del Estado, especialmente para la economía y la estructura de varias instituciones.

Algunos rasgos del pensamiento de Trujillo no habían cambiado desde su juventud: su humanismo cristiano, convicción democrática y respeto al pensamiento ajeno. Pero, en otros aspectos, revelaba un largo y complejo tránsito del tradicionalismo católico a una postura de insurgencia contra el orden social, que lo llevó junto a los trabajadores y los indios. Más allá de su notable inteligencia, de su experiencia amplia y de su gran calidad humana, ese testimonio de autenticidad le daba una autoridad venida de una vida limpia y un coherente avance a radicales posturas progresistas.

Julio César se ha mantenido activo en la cátedra universitaria y la reflexión sobre temas constitucionales y sociales. Se ha comprometido aún más en la defensa de los derechos humanos. Su prestigio y credibilidad han crecido y se lo ha buscado para actividades de alta responsabilidad ciudadana. Formó parte de la “Comisión de la Verdad” y se lo llama a los foros más prestigiosos del país. Cuando cumplió ochenta años, resolvió reducir sus compromisos de docencia, pero mantuvo algunos cursos de posgrado. Entonces, esta universidad resolvió entregarle el doctorado honoris causa.

Los homenajes, desde luego, son más que merecidos. Pero con Julio César Trujillo hay que tener cuidado. Su manera de ser es poco afecta a este tipo de actos. En el fondo, sigue siendo en muchos sentidos, ese muchacho sencillo y trabajador de un barrio periférico de una ciudad de provincia, que disfruta de la vida simple, de la conversación directa, de la comida sencilla, de la relación con los pobres de este mundo; que cree ciegamente en los valores cristianos de la solidaridad y busca el cambio de la sociedad con pasión y desinterés; que piensa en el país y en el bien común con desprendimiento de las cosas materiales, digno de un franciscano original; que ha puesto su gran inteligencia al servicio de su gran corazón; que cree en la gente, a veces con una ingenuidad que pareciera ajena a su talento; que está dispuesto a cualquier esfuerzo por ver que se respeten los derechos de las personas, y que viviría de nuevo su larga vida de tránsito al encuentro con lo mejor de sí mismo, para ver cumplidas todas sus ilusiones, sus utopías y sus sueños.

Quito, 4 de julio, 2013